

tirado fué el perro, que era el mismo que seguía a mi compañía, y a poco la pobre mujer causa indirecta de mi herida.

Me reconoció y, llorando, me dijo que al fin se había escapado del poder de aquella gente, y que había regresado al campamento para recoger algo que tenía enterrado. Le pedí que no me dejara morir allí como un perro, y la pobre mujer me ofreció hacer lo que pudiera, por que ella también tenía que huir antes de que la buscaran, si la echaban de menos.

Me dió un trago de aguardiente, me lavó la frente, de la sangre que tenía seca, y me ayudó a ponerme en pie aunque con grandes dolores.

Agarrado a ella, fuimos al jacal que había ocupado el capitán, y en el corral que había a su espalda escarbó en varios lugares y sacó un atado que contenía una pistola de escuadra, varias cajas de parque para la misma y algunos paquetes que contenían alhajas, un reloj, monedas y billetes.

Me confesó que aquello era suyo y algo de otra compañera de cautiverio; que lo habían reunido quitándolo a los muertos que habían registrado en el asalto de una hacienda.

Luego me explicó cómo había escapado.

Aquella mañana habían salido para internarse en el estado de Puebla, pero a poco de salir habían llegado varios soplos de que los rurales los seguían, y el «general» dispuso que se dispersaran para reunirse en un punto de Puebla, dentro de una semana: que su compañía se había dispersado y ella había tenido que seguir al nuevo capitán con otra de sus queridas, y que al medio día habían hecho alto en un barranco, donde habían comido, pero que el capitán había bebido más de la cuenta y se había quedado dormido, como casi todos los que lo seguían. Ella y la otra mujer, con el pretexto de buscar agua para beber se habían alejado poco a poco y se habían internado en el monte, ocultándose hasta que se hizo noche.

La otra se había ido para buscar el camino de Huatusco, donde tenía familia, y ella iba a ver el modo de llegar a Córdoba, pero como tenía enterrado aquel dinero, y sabía dónde estaba el de la

otra, había ido a buscarlo para poderse pagar el tren hasta Puebla donde pensaba hallar algún pariente.

El perro la había seguido y a esta casualidad debí yo el no morir allí sin auxilio.

Agradecida a lo que suponía que hice por ella, cuando la perseguía el capitán, me ofreció ayudarme a buscar algún jacal habitado y dejarme allí.

Para esto me buscó un palo en el que me apoyaba, y a media noche emprendimos la marcha para buscar el camino de Córdoba.

Ella no quería llegar a ninguna parte habitada, y lo único que conseguí fué que me dejara a la vista de un jacal en el que se veía luz, para que al salir, en la mañana, la gente que lo habitara, pudiera yo gritarles y que me socorrieran. Antes de dejarme me dió un billete de cinco pesos, varias monedas de cobre y un cuchillo, por si tenía que defenderme.

No había traspuesto la loma que subía, cuando comenzó a clarear el día y salió del jacal una mujer. Grité y la mujer me vió; entró a su casa y volvió á salir con un hombre y una niña que vinieron a mi encuentro.

Aquella pobre gente me preguntó de dónde venía; les confesé que era peón de *Las Tres Estrellas*; que me habían arrastrado los revolucionarios y que me habían dejado herido en el camino.

Me pareció que no me creían, pero tanto les supliqué que acabaron por llevarme a su jacal, me dieron café y tortillas, y les rogué que me hicieran llevar a cualquier parte para que me curaran la pierna.

Ellos también temían que se presentarían los de C. M., y no querían llevarme a Córdoba a presentarme al Prefecto, por miedo a los líos de la justicia, por lo que todo lo que pude conseguir fué que por dos pesos para el que me trajera a la cañada de *Las Tres Esrtellas* y un tostón para la muchacha, me dejaran en un lugar cercano a la Hacienda y la niña le trajera a mi mujer un papel que yo le daría.

Así se hizo y ya sabe su merced lo demás.

Aquel buen hombre y su hija me trajeron hasta El Rancho de los Pericos, desde allí vino la niña a la hacienda y